LOS SUEÑOS EN LA CULTURA OTAVALEÑA

Mabel Prelorán

INTRODUCCION

Los seres humanos pasamos alrededor de 1/3 de nuestra vida durmiendo, y parte de ese tiempo está ocupado en una misteriosa actividad a la que llamamos soñar (Kennedy: 1). El interés cotidiano por este tema parece casi universal, y es raro que ciencias sociales como la antropología no le hayan brindado la investigación y análisis merecido.

Este tema comenzó a interesarme en forma un tanto casual. En diciembre de 1982, durante un breve viaje con mi marido a la capital de Ecuador, nos encontramos que los padres de un amigo otavaleño, residente en Quito, habían viajado desde Otavalo -110 km al norte- para venir a saludarnos. El encuentro me sorprendió pues conozco las dificultades

que supone para esa familia movilizarse hasta la capital. Mi sorpresa fue aun mayor cuando la madre comentó que nuestra llegada le había sido anunciada por un sueño que los decidió a realizar el viaje. Este comentario casual despertó mi interés por el tema de los sueños en la cultura otavaleña, y durante dos estadías en 1983 y 1986, traté de interiorizarme sobre el mismo.

Este trabajo tiene por objeto describir la percepción de los sueños como mensajeros sobrenaturales. Además, intenta analizar el papel de la mujer en relación con la interpretación de los mismos. Según informantes de Quinchuquí, una de las comunidades otavaleñas donde realicé la mayoría de mi trabajo de campo, las mujeres son quienes predominantemente se ocupan de la interpretación de sueños. Estimo que esta ocupación da a las mujeres un relativo poder de decisión, asimismo la posibilidad de balancear su status dentro de una comunidad que de otra manera hubiera sido totalmente de preponderancia masculina.

Creo que la interpretación de sueños afecta las relaciones sociales y económicas de los otavaleños. Pero, para poder discutir mi ponencia, necesito describir brevemente el ambiente social y económico de Otavalo, para luego analizar las funciones socio-económicas de la interpretación de los mismos. El propósito de este análisis es mostrar que la

mujer, a pesar de contribuir con su trabajo más que el hombre a la economía del hogar, usualmente no es compensada por su contribución en la medida que lo es él.

I. AMBIENTE SOCIAL

La población indígena de Otavalo, por su vestimenta y costumbres es considerada muy tradicionalista. Aún hoy, gozando de un cierto desarrollo económico y relativa adaptación a la cultura occidental, la tradición es mantenida por ellos celosamente. En el pasado -y aún en el presente dentro de las familias más tradicionales- la educación de los hijos sigue reglas estrictas de obediencia, especialmente a la autoridad paterna. En lo que se refiere a la educación femenina, estas reglas refuerzan el papel, de por sí sumiso, de la mujer dentro de esa sociedad.

Una muchacha tradicional otavaleña es educada para seguir tres reglas de conducta: silencio, obediencia y eficiencia. La estrictez de estas reglas se está suavizando, pero, hasta no hace mucho, las niñas aprendían que para ellas lo socialmente aceptado era guardar silencio. Todas las manifestaciones de comunicación como risas, gritos o charlas eran inmediatamente silenciadas por los adultos. A las niñas se las trataba de desanimar cuando se las veía en conversaciones prolongadas con otras niñas, y directamente se les prohibía hablar con los

varones. Una mujer calma y silenciosa era considerada una buena mujer. En 1983 cuando pedí a diez hombres que describieran el mejor atributo femenino, nueve de ellos respondieron "bondad", y la descripción de bondad de uno de ellos fue "ser buena es que no se la escucha, ella sólo trabaja". Cinco personas ancianas, a las que consulté sobre la importancia de que las mujeres guardarán silencio, coincidieron en que era una costumbre 'útil'. Para ellas la enseñanza del silencio se debía a la necesidad de preparar a la mujer para un futuro difícil, en el que había poco lugar para el descanso, la charla intrascendente y el placer. La comunidad otavaleña esperaba que sus mujeres fueran las responsables no sólo de engendrar y educar, sino también de alimentar a sus hijos "tanto en las buenas como en las malas cosechas"; y esta responsabilidad demandaba eficiencia y dedicación al trabajo, que se lograrían "trabajando y no hablando". Seguramente por eso era poco común ver a las mujeres hablando en público excepto para agradecer, saludar o mantener conversaciones cortas. Una excepción a esta regla, aceptada socialmente, era el hablar para poder regatear o vender en el mercado local.

De las mujeres no sólo se esperaba sino que aún se espera obediencia principalmente al padre o al esposo, como así también deferencia a los varones de la familia y comunidad. Aún hoy es considerado excepcional que una mujer

maneje sus negocios. Se dan pocos casos de viudas que lo hacen por no tener familiares varones que vivan a su alrededor. Por ejemplo, en 1986, una de estas viudas me informó que su familia esperaba que ella rindiera cuenta de sus negocios mensualmente al padre. En esos contactos mensuales el padre solía aconsejarla o imponerle su decisión sobre la compra-venta de artesanías. Mi observación de tres operaciones comerciales entre ella y compradores mayoristas, junto con el análisis de su contaduría a la que tuve acceso en 1983, me hacen creer firmemente que mi informante podría seguir exitosamente con sus negocios sin la asistencia de su padre. Sin embargo, ella considera positivo contar con los consejos del padre y continúa con las reglas de sumisión que establece su cultura.

Es así que eficiencia y dedicación al trabajo, junto con "bondad", siguen siendo considerados los atributos femeninos más importantes. Durante una primera y breve visita a Otavalo en 1981, observé que las niñas eran más estrictamente vigiladas que los varones por sus madres. En varias oportunidades ví que se les ordenaba apartarse de los juegos, mientras que a los hermanos varones de parecida edad se los dejaba continuar. Más tarde aprendí que las madres consideraban que los juegos de las niñas eran una pérdida de tiempo y que, sobre todo, las inclinaban a un comportamiento más independiente, aceptable para varo-

nes pero no para mujeres. Una de las madres, mezclando el castellano y su lengua nativa (Quichua), me dijo que los juegos eran perniciosos para las niñas porque "se vuelven unas 'carishinas'" -lo que significa "varoneras". Así, para evitar pérdidas de tiempo y un comportamiento independiente, las niñas son mandadas a menudo a realizar alguna actividad productiva si se las encuentra hablando o jugando. Siempre hay hermanos pequeños para cuidar, leña para recoger, ropa para lavar, etc. En todas mis observaciones, siempre que hubiera en la casa un niño y una niña desocupados, ví que se le pedía primero a la niña que colaborara con los adultos. Bien es cierto que la mayoría de las tareas que se les encomendaba podrían ser consideradas femeninas, pero en el caso de mandados, que suelen realizarlos niños de ambos sexos, la tendencia se repetía de ocupar primero a las niñas.

Con referencia a los adultos, observé que las mujeres eran las primeras en levantarse a la mañana y las últimas en acostarse a la noche, especialmente la dueña de casa. Las amas de casa usualmente se levantan una hora antes que el marido, seguida a los pocos minutos por sus hijas. Desde muy temprano, alrededor de las 5 de la mañana, las mujeres comienzan con las primeras tareas. Primero, la limpieza del patio donde durante el día se realizan muchas de las actividades; luego se las ve traer agua de las acequias, o de las canillas comuna-

les - uno de los logros del desarrollo económico; y, más tarde prenden el fuego, cerca del cual los hombres se reúnen unos minutos antes de comenzar sus tareas. A medida que el día avanza las mujeres se van dedicando a una diversidad de tareas: cocinan, siembran, cosechan, cuidan a los hijos, producen textiles, compran, venden, visitan vecinos, intercambian información, cooperan con el trabajo comunal (minga) lavan, cosen y, probablemente se ocupen de otras tareas menores que se escaparon a mi observación.

II. AMBIENTE ECONOMICO

Siguiendo con la hipótesis de que la interpretación de sueños afecta no sólo el aspecto social sino también el económico, en esta sección intentaré hacer una breve reseña de la vida económica otavaleña que sirva como base para analizar el papel de la mujer dentro de la misma. En ella enfocaré: a) la mayor contribución de la mujer a la economía del hogar, y b) el potencial conflicto que pudiera surgir por tal injusticia.

a. Contribución a la economía del hogar

La sociedad otavaleña, hasta los años 50', estaba compuesta principalmente por pequeños agricultores que trabajaban parcelas de tierra de su propiedad. Actualmente la dedicación a la agricultura persiste, sobre todo para cu-

brir las necesidades del hogar. Sin embargo, gran parte de la energía de trabajo es dedicada a la producción y comercialización de textiles.

Como vimos anteriormente, la actividad en una casa otavaleña comienza temprano - entre las 4 y 5 de la mañana para la mujer, y entre las 5 y las 6 para el hombre. Entre las familias exclusivamente agricultoras - las menos en el presente - la gente sale para el campo antes del amanecer. Cultivan principalmente el maíz, al que adicionan una variedad de otros granos para evitar el riesgo de falta de alimento en casos de que algún cultivo llegue a malograrse. En los trabajos de agricultura las mujeres y los hombres tienen trabajos asignados de acuerdo al sexo. Por ejemplo, el hombre ara mientras la mujer va limpiando la tierra de maleza y piedras. O, durante la época de plantación, las mujeres y los niños van arrojando semillas detrás del hombre, quien se encarga de abrir el surco con una tradicional herramienta de madera a la que llaman 'palundra'. Después de la plantación, el campo se mantiene limpio de mala hierba, trabajo a cargo de la mujer. Pero, durante la cosecha, la familia entera, sin distinción de sexo, se encarga de recoger los granos en bolsas que trasladan para su almacenamiento hasta la casa. El grano suele ser temporalmente almacenado en uno de los dos cuartos que componen la casa. Una vez ahí es tarea de la mujer separar los mejores para futuras

plantaciones, y decidir sobre el uso que se le dará al resto. Generalmente ese resto es dividido en varias partes: una para el consumo inmediato, y otra como reserva. El maíz de reserva es guardado colgando del techo, donde se seca, y va siendo usado a medida que se necesita. Algunas mujeres separan una tercera parte para emergencias. En caso de que la familia sea predominantemente agricultora, una cuarta parte será separada para vender en el mercado local, y/o para entregar como pago en ceremonias religiosas.

La relación entre la productividad, consumo y distribución del maíz es una de las pocas funciones en que la mujer tiene relativa autoridad. Por ejemplo, las mujeres pueden decidir cuánto grano usar para las comidas y cuánto destinar a la venta. Sin embargo, en caso de que el maíz u otro de los productos agrícolas sea vendido, la mujer, si bien puede dedicarse a la venta de los mismos, e incluso recibir y guardar el dinero, no puede gastarlo sin el consentimiento del padre o del esposo.

Una vez que las tareas agrícolas se terminan - generalmente en las primeras horas de la tarde - la familia regresa del campo, el hombre delante con las herramientas de labranza, seguido por su mujer e hijos que, a veces, van arriando algunos animales. Alrededor de las tres el hombre suele ponerse a tejer alguna tela para el uso de la casa, o se ocupa del

cuidado de sus herramientas. Mientras tanto la mujer se dedica a la preparación de la cena. Algunas familias suelen completar su economía con la crianza de animales domésticos como pollos o cerdos, y las menos cuentan con un par de vacunos; las mujeres, los niños y excepcionalmente algún criado se encargan de cuidarlos. Las gallinas son criadas especialmente por los huevos, que no sólo son parte de la dieta otavaleña, sino un producto usado principalmente como artículo de regalo para agradecer o solicitar un favor, o como elemento ritual de curación. En el caso de los cerdos, como explicó Pedro "son como tener dinero depositado en el banco". Es decir que se los tiene como una forma de inversión para lograr efectivo urgente en caso de necesidad, vendiéndolos en el mercado local de los miércoles y sábados. La mujer puede estar involucrada en la venta de animales, pero, al igual que con los granos, si la transacción es en efectivo, el hombre tiene control final sobre el mismo.

En la actualidad la economía otavaleña no sólo se basa en la agricultura, sino, y quizá preferentemente en la producción y venta de artículos textiles. En Quinchuquí, la comunidad en que se llevó a cabo el presente trabajo de campo, la mayoría de los habitantes dedican entre un 15o/o a un 20o/o de su trabajo a la agricultura para sustento del hogar, y el resto de su tiempo a la producción y venta de textiles. Dentro del trabajo

textil también existe una división de tareas por sexo. Por ejemplo, el telar es manejado únicamente por los hombres y la preparación de la materia prima esta a cargo de la mujer.

Debido a que en la actualidad la mayoría de los hogares otavaleños tienen una economía mixta agrícola-textil, decidí observar la contribución económica hogareña por sexo en dos casas que dedican un 15o/o y un 85o/o de su tiempo a estos dos tipos de tareas respectivamente. La observación se detalla en el siguiente cuadro:

La presente tabla muestra las horas de trabajo semanales realizadas por cinco mujeres y seis hombres pertenecientes a los hogares A y B. El hogar A está compuesto por seis miembros: esposa (50 años), esposo (47 años), dos hijos varones (17 y 15 años) y dos hijas mujeres (13 y 11 años). El hogar B está compuesto por cinco miembros: esposa (46 años), esposo (48 años), dos criados varones (25 y 17 años) y una sobrina (18 años).

La tabla, muestra que cinco mujeres totalizan 262 horas de trabajo a la se-

Tipo de trabajo	CASAS A y B		
	5 Mujeres	6 Hombres	
	Horas de trabajo		
Agricultor (trabajo de tierra)	35	60	
Agricultor (cuidado de animales)	7	0	
Cuidado herramientas	4	15	
Tejido/ preparación del telar	6	150	159
Preparación material	75	10	
Compra de material	15	6	
Venta de textiles	25	17	
Hogareño: comida - lavado - costura	95	5	
Cuidado de niños - mandados - etc.			
TOTAL	262	272	

mana, un promedio de 52 horas semanales (7 días) por persona. En contraste, 6 hombres totalizan 272 horas de trabajo por semana, a un promedio de 45 horas semanales por persona. Esto equivale a un 15o/o de mayor contribución en horas de trabajo femeninas.

Esta tabla, cuyos datos fueron obtenidos en 1983, tiene como limitación el haber tomado como unidad de observación solamente dos hogares en una comunidad de 180. Para remediar en parte este problema, en 1986 verifiqué la información de 1983 observando tres hogares adicionales elegidos al azar. La cantidad de horas de trabajo para ambos sexos no varió significativamente, y la proporción de 15o/o de mayor contribución femenina se mantuvo. Otra de las limitaciones de esta tabla es la falta de información sobre la calidad de trabajo realizado por personas de distinto sexo. Sin embargo, mi intuición señala que el esfuerzo que demanda las distintas tareas está bastante balanceado. Por ejemplo, en las tareas de agricultura me parece que el hombre suele poner más esfuerzo durante la plantación. Sin embargo, durante otros trabajos, como durante la limpieza del terreno, parecería que el trabajo de la mujer demanda más energía. Con referencia a las tareas textiles creo que el preparado de la materia prima (a cargo de la mujer) es, en calidad, semejante a las tareas de tejido que realiza el hombre. Por lo tanto, no encontré marcadas diferencias de esfuerzo

según el tipo de trabajo realizado por ambos sexos; pero sí encontré una mayor contribución femenina (15o/o más de horas de trabajo) a la economía del hogar.

b. Conflicto

El análisis de la cantidad de horas de trabajo que muestra mayor contribución femenina a la economía del hogar puede llevar a considerar que la mujer otavaleña siente resquemor contra el hombre, ya que éste, trabajando menos, goza de mayor libertad de decisión sobre los beneficios logrados entre ambos. En Otavalo existe estratificación sexual, sin embargo, una serie de casos, algunos de los cuales presentaré a continuación, me permiten asegurar que existe una relación razonablemente armónica entre los hombres y mujeres de esta cultura.

Caso 1. Era el Domingo de Pascua de 1983. Mi marido, mi madre, que estaba de visita, y yo fuimos invitados a celebrar la fiesta en casa de mi principal informante. Ese día habían venido los hijos casados desde pueblos cercanos, entre ellos María, 25 años, y su esposo Juan, de 26. Mi madre decidió llevar pollo a la fiesta, ya que es una comida bastante apreciada entre los otavaleños. Durante el almuerzo María se acercó con mucha cortesía, a mi madre y le alabó la preparación de su comida. Mas tarde, con cierta timidez, le pidió

si podía tomar una parte extra para su esposo. Se disculpó diciendo "Juan encontró muy buena la presa que usted le dió. Yo le di mi parte porque no se siente muy bien por el 'chuchaqui' (Malestar después de beber alcohol) (1).

Caso 2. Durante mis estadías en Quinchuquí tuve la oportunidad de contar con un automóvil. El hecho de contar con este medio de movilidad fue a la vez un privilegio y una limitación en mi trabajo. Un privilegio porque permitió la posibilidad de rápidos contactos con el mundo exterior de Quinchuquí, como asimismo con personas de la comunidad que usaron el auto en momentos de necesidad. Una incomodidad, porque alguna gente no entendía mis límites de horario y solicitaban viajes que tomaban la mayor parte de mi tiempo de trabajo. Tratando de convertir en positivo lo negativo del uso del vehículo, comencé a enfocar mi atención sobre la interacción de los otavaleños a los que yo servía como chofer en algunos de sus viajes. De una de esas observaciones sale la descripción del caso Estela y Antonio de 48 y 46 años. Un día su sobrina Juana, de 18, me pidió llevarlos a Quito con ciertos paquetes que les hacían difícil viajar en ómnibus. Explicó que necesitaban, además, ver al mayorista que les proveía mercadería para su tienda. El motivo de la entrevista era avisarle de la pérdida del último material que habían solicitado en consignación. Llegamos al negocio del mayorista, Estela,

Anotnio y Juana entraron. Poco después Antonio y su sobrina Juana regresaron al auto mientras Estela quedaba en el negocio. Juana dijo que el tío le había pedido a su esposa quedarse para explicar al mayorista y a su familia el problema de la pérdida. El tío dijo que la familia del mayorista apreciaba mucho a Estela y que sería más fácil para ellos aceptar la realidad si ella se la explicaba. Antonio y Juana comentaron que lo peor de la entrevista iba a ser el pedido de prórroga de pago. Pasada media hora regresó Estela diciendo que la gestión había sido exitosa.

Caso 3. A Juana la conocí por un amigo común, pero intimé con ella gracias al automóvil. Una noche bastante cerrada cuando no había más transporte de Otavalo a Quinchuquí, regresábamos de Quito con una amiga cuando descubrimos a Juana que volvía caminando a su casa. Nos ofrecimos a llevarla y al llegar a Quinchuquí ella preguntó cuánto debía por el viaje, agradeciendo que no se le cobrara. Años más tarde Juana comentó que en ese entonces no entendía el motivo por el cual no se le quiso cobrar, siendo que nosotros casi no la conocíamos ni le debíamos ningún favor. Según Juana, esta actitud "gringa" de "desprendimiento" fue lo que le atrajo de nosotros y lo que la motivó a querer relacionarse. Nuestra relación creció y pasado el tiempo, muchos de nuestros viajes fueron compartidos con Juana. En uno de esos via-

jes, fuera de Ecuador, un día nos dedicamos a la compra de 'souvenirs' para familiares y amigos; en esa oportunidad observé que Juana demostró estar más contenta cuando encontró un reloj cuyo precio podía pagar, regalo destinado para su padre. También la vi feliz, aunque no tanto, cuando compró un trozo de tela azul con el que pensaba confeccionar un anaco para regalar a su madre. Ambos regalos tenían un valor muy parecido ya que el reloj costó cerca de catorce dólares y la tela aproximadamente doce. La compra de estos dos regalos fue a los que Juana destinó más tiempo, casi el mismo que destinó a la compra de una camisa tradicional blanca para su hermano mayor que costó seis dólares. Para el resto de la familia la inversión de tiempo y dinero fue considerablemente menor. En dinero, para los otros regalos, gastó un promedio de dos dólares cada uno; en tiempo, la relación fue una hora para tres regalos (padre, madre, hermano mayor), contra media hora para cuatro regalos (dos hermanas, un hermano y sobrino).

Creo que estos tres casos demuestran una relación armónica de María, Estela y Juana con los hombres de su familia. Baso mi convicción en las siguientes observaciones:

Para el caso 1. entiendo que el ofrecimiento de comida puede ser un gesto cordial. María se mostró interesada y servicial tratando de conseguir la comi-

da para su esposo, pero, creo que su interés fue más allá cuando, además, le dió su propia porción. Esto me convenció de que ella no actuaba sólo por la costumbre femenina de estar al servicio, sino porque realmente quería lo mejor para él. Además, el pollo es un plato apreciado, por tanto María estaba dando algo que consideraba valioso.

Para el caso 2. he observado que los otavaleños están muy orgullosos de la imagen de honestidad que gozan dentro y fuera de su comunidad. Ellos se precian de ser puntuales pagadores de sus deudas y cobrar lo justo en sus transacciones comerciales. Más de un informante comentó que el tener que dilatar pagos "obligados por la mala suerte" crea una situación de tensión dentro del hogar. Cuando esta situación ocurre la mujer otavaleña se encarga de preparar una comida especial, con papas y cuyes para el acreedor. Se espera que la mujer acompañe al esposo para pedir la prórroga, pero es el hombre el que usualmente explica el problema que hará imposible cumplir con los pagos. Si el acreedor está de acuerdo en aceptar pagos dilatados (y generalmente lo está, pues es su única forma de cobrar la deuda) la mujer agradece al acreedor con la comida que ha llevado. En el caso de Estela y Antonio yo estimo que fue difícil para ella, una de mis informantes más tradicionalistas, romper la costumbre de guardar silencio y, además hablar con gente a la que consideraba superior, en

una lengua que no domina. Para peor, Estela tuvo que tratar un tema muy difícil de empalmar con la imagen de puntualidad que enorgullece al otavaleño. Creo que Estela podría haberle negado a su esposo el tener que interceder frente al acreedor. Reviendo el tema con su sobrina Juana coincidimos en creer que tanto Estela como Antonio hubieran logrado la prórroga. Por lo tanto me inclino a creer que no fue el éxito de la misión lo que movió a Estela a interceder, sino el suavizarle al esposo un momento de incomodidad.

Para el caso 3. enfoqué el tema de la reciprocidad. Por los comentarios de Juana referente a su asombro cuando no aceptamos pagos por nuestros servicios, y por incontables observaciones adicionales, vi que el otavaleño toma muy en cuenta el tema de la reciprocidad. Ellos acostumbran, por ejemplo, intercambiar regalos - especialmente comida - como forma de agradecimiento por servicios o favores recibidos. Regalar pan y banana es una forma de decir gracias o de acompañar un pedido de colaboración. Regalar tierras es la máxima expresión de agradecimiento y sólo se dan como herencia, en retribución por los cuidados recibidos hasta la muerte. Cuando observé el tiempo y la atención que empleaba Juana en la búsqueda de regalos para sus padres, fue claro para mí relacionar ese interés al afecto que la unía a los mismos. Fue también claro que, contrariamente a lo que yo supo-

nía, el cariño hacia el padre no era menor que el que Juana mostraba hacia la madre. Por eso deduje que la sumisión en el trato con él no parecía ser motivo de antagonismo.

Una vez convencida de la relativa armonía entre los hombres y mujeres de las familias otavaleñas, comencé a cuestionarme cuáles serían los mecanismos que ayudaban a mantenerla. Creo que la interpretación femenina de los sueños podría ser una respuesta a mi pregunta.

III. INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS

En esta sección analizaré tres temas. El primero tratará sobre los miembros de la comunidad que están involucrados en la interpretación de sueños, haciendo notar que los mismos son los económicamente menos privilegiados dentro de la sociedad. El segundo describirá los requisitos que debe llenar un intérprete y el tercero tratará sobre la energía (o esfuerzo) invertida en la interpretación y la retribución económica obtenida por la misma. Estos tres temas mostrarán que la interpretación de sueños sirve para balancear la estratificación económica y el ejercicio de la autoridad en una sociedad que de otra forma sería totalmente patriarcal.

a. Intérpretes

"Creo que desde muy niñas (ellas)

hacen más caso que los varones, ellas saben contar los sueños más clarito. (Enrique 36 años)".

La información de Enrique coincide con la de Juan - un otavaleño de 24 años, universitario, residente en Quito. Para Juan, en la interpretación de sueños la mujer está más dotada y se dedica mucho más que los hombres a esta tarea. Buscando confirmación a los datos de Enrique y Juan, noté que, sin embargo, dentro de Quinchuquí no era una mujer sino un hombre, en este caso lisiado, el que tenía mayor fama como intérprete.

Durante la primera parte de la investigación (1983), en Quinchuquí vivía un intérprete y curandero que no podía dedicarse a otras tareas fuera de las de predicción, pues era tullido. El mismo era considerado un especialista que había recibido su poder sobrenaturalmente, y alcanzado fama por sus aciertos. Cuando regresé en 1986 este intérprete había fallecido. En cuanto a las mujeres se creía que ellas, en cambio, aprendían a interpretar con la práctica, no por poderes revelados. En otras palabras, las intérpretes femeninas ganaban su conocimiento y prestigio a través del tiempo y la dedicación, mientras que el intérprete masculino (lisiado) lo recibía del poder sobrenatural.

Los otavaleños dicen que las mujeres están más dedicadas a la interpre-

tación de los sueños porque son "naturalmente" más meticulosas y sensitivas que los hombres. Esta percepción de los otavaleños podría compararse con la popular creencia en la cultura occidental de que la mujer "naturalmente" está dotada de un sexto sentido.

"Yo no hago caso a los sueños... Yo creo que sabría que dicen, pero no hago caso. Cuando era joven yo tomaba en cuenta y creo que era bueno para eso. Pero trabajar de eso yo no querría, y... para acá, para la casa, nosotros creemos que es cosa de mujeres, ustedes son más sentidas para eso. Yo, en mi caso, tengo muchas cosas que hacer" (Antonio, 52 años).

Es verdad que las muchachas otavaleñas parecen estar más interesadas que los varones por el tema de los sueños. Desde jóvenes acostumbran comentar sobre sus propios sueños con las hermanas o la madre y hasta, a veces, aventurar predicciones en los sueños de los otros. Pero los hombres, si bien no suelen comentar sus sueños diariamente como las mujeres, no dejan de buscar interpretación para aquellos que perciben como especiales.

En cuanto a la predisposición "natural" del sexo femenino a preocuparse por el problema de los sueños, mi interpretación difiere de la de mis informantes. Para mí, el interés de los niños en este tema está condicionado a la ex-

pectativa de los adultos. Yo creo que las niñas aprenden la disciplina de la interpretación por imitación. Ven que sus madres suelen dedicarse a esta tarea y repiten el modelo de conducta. He visto que dentro de las familias en donde las conversaciones sobre los sueños es común, a la mañana muy temprano o a la noche, después de la cena, normalmente hay más niñas que niños en el grupo. Sin embargo, no podemos olvidar que las niñas están educadas para tener un papel sumiso y pasivo. Yo creo que esta regla de conducta es lo que favorece que las niñas se queden quietas observando y oyendo los comentarios, mientras que los niños, que gozan de mayor libertad y que suelen estar más en movimiento, se distraen con juegos. Así deduzco que, desde temprana edad, las mujeres están en un contacto más cercano con el tema de los sueños, y asumo que es por eso que están mejor preparadas para dedicarse a su interpretación.

En Quinchuquí y Agato (dos comunidades limítrofes) se cree que un intérprete lisiado, si la comunidad tiene uno, es algo así como un regalo sobrenatural, como un premio por las buenas acciones de la comunidad. Yo interpreto esta creencia desde un punto de vista más económico y funcional. Para mí, las mujeres otavaleñas y los hombres con incapacidad física son los miembros económicamente menos privilegiados, especialmente en su edad avanzada. Es

por esto que, al ver los beneficios económicos o emocionales que los intérpretes reciben por su trabajo, tema que trataremos más adelante, me inclino a pensar que la interpretación de sueños es uno de los mecanismos que la sociedad otavaleña tiene para mantener su equilibrio y limar conflictos entre sus miembros.

b. Requisitos.

"Los mejores sueños son los claros, donde se ve muy clarito todo tal como ahora estamos viendo... Uno sueña en la noche, eso es lo mejor" (Luz, 40 años). "Acá en la tarde poco se duerme, nosotros no hacemos la siesta, pero si uno llega a dormir no es fácil soñar. Si se sueña a la tarde, no se toma en cuenta, mi familia no toma en cuenta eso. Mi madre decía que si uno se sueña en la tarde es porque le están brujando; es eso, es que hay gente mala que trata de brujarlo" (Antonio, 52 años). "Si uno está solo en su casa a la noche, eso es lo mejor para tener un sueño" (Rosita, 13 años)".

En el transcurso de seis entrevistas, a personas de ambos sexos, noté que los otavaleños perciben ciertas características que rodean al sueño como elementos importantes para su interpretación. Estas características son: la persona que sueña, la hora y el lugar donde el sueño ocurre.

1. Persona. Dos de seis informantes coinciden en que usualmente la mujer que duerme sola (sin compañero), puede recordar con mayor claridad los detalles de sus sueños, y por lo tanto, puede interpretarlos con mayor precisión. En general se cree que las mujeres, incluso las casadas, son más competentes que los hombres en el tema de los sueños. Sin embargo, los hombres tienden a subestimar la interpretación de la mujer. Algunos informantes coinciden en que la supremacía de la mujer en este tema se debe a su falta de responsabilidades. Cinco de ocho hombres entrevistados durante 1983, todos ellos de más de 30 años de edad, consideran que los conocimientos femeninos se logran con práctica y que las mujeres pueden practicar porque tienen tiempo para hacerlo (menos responsabilidades cotidianas que el hombre). Una percepción que no coincide con mi observación, detallada más adelante en la tabla "Contribución de horas de trabajo por sexo". Además los ocho coincidieron en que la mujer está más dotada para la interpretación por ser más "detallista".

Todos los informantes, femeninos y masculinos, coincidieron que en los sueños todos los detalles son importantes. El detalle es lo que ubica al sueño dentro del contexto, y esto resulta esencial para la interpretación. Por ejemplo, soñar con un arroyo no es suficiente para descifrar el mensaje puesto que un arroyo pequeño significa lágrimas, uno an-

cho y largo significa "que yo, o alguien de mi familia va a viajar; y si no viajamos, un mensaje importante nos va a venir de afuera (Juana). Es así que los otavaleños suelen llamar "sueño" al símbolo que perciben como más importante; por lo cual dicen, por ejemplo: "soñé con maíz". El detalle es descrito cuando se relata el sueño, y se le da mucha importancia en el momento de la interpretación. Una informante me dijo "soñé con escalera", y cuando le pregunté el significado me contestó "tendré buena suerte porque iba subiendo, no bajando". En este ejemplo, el símbolo sería la escalera y la acción de subirla el "detalle" del sueño.

Una de las intérpretes especialistas me comentó que el último sueño que había analizado era el de una vecina. La persona que había soñado le detalló que en su sueño se encontraba tostado maíz para una comida. Ella no lo veía en el sueño, pero sabía que el esposo estaba por llegar y tenía miedo de que el fuego se apagara y el maíz no estuviera listo para cuando él llegara. Para la mujer que lo interpretó, el símbolo principal - o el "sueño" - de la vecina había sido el maíz, y el detalle el fuego. Ese sueño fue analizado así porque la que soñó explicó que al maíz "lo había visto bien clarito", el fuego casi ni lo vió. Según la intérprete, esa apreciación del símbolo ("lo principal") y el detalle ("lo que ayuda a entender") está determinada por la imagen, la claridad de la

imagen, y por el sonido que le detalla la persona que soñó. En este caso, la intérprete predijo que la consultante recibiría dinero; ése era el "mensaje" del maíz.

Cuando le consulté por el miedo que la consultante había sentido, la intérprete me contestó "(mi vecina) no me preguntó sobre el miedo... si me hubiera preguntado le hubiera dicho que eso hay que curar; para los miedos hay que hacer curaciones".

Nunca observé a niños que comentaran sus sueños, pero las madres aseguran que lo hacen, y que las niñas suelen comentarlos desde edad más temprana. Según ellas, niños y niñas aprenden a recordar primero el símbolo, y a medida que crecen, los detalles.

Los otavaleños consideran que, entre los 12 a 14 años, los adolescentes entran a la madurez y son capaces de realizar cualquier tipo de trabajo, valerse por sí mismos, y hasta casarse. Dos informantes femeninas coincidieron en que ésa es la edad en que las personas suelen recordar los sueños con mayor "claridad".

La posibilidad de variación en la interpretación de los sueños debida a la relación entre el símbolo y el detalle es grande; tanto que los otavaleños creen que debido a la gran variedad el aprendizaje en la interpretación de sueños es

un proceso que nunca termina. Es más, justifican el hecho de que debido a esa gran variedad, algunos de los intérpretes cometen errores en la interpretación, ya sea por desconocimiento o (y esto es menos justificable) por falta de atención. Por lo tanto, si la predicción es errónea, no es el sueño, ni el poder sobrenatural que lo engendró, el responsable del error, sino las limitaciones humanas del intérprete.

2. Lugar. Solamente dos, de veinte informantes de ambos sexos, consideraban que el lugar era importante para la recepción y entendimiento del mensaje de los sueños. A pesar de que la mayoría de los informantes no mencionó esta característica, la incluyo en la presente sección por el énfasis que le dieron estos dos informantes, y como apertura a la búsqueda de mayor información que la confirme o descarte. Los informantes que mencionaron el "lugar" consideraban que el dormitorio era el mejor espacio para recibir los mensajes, debido a que el que sueña está más tranquilo, el cuerpo y el alma están más distendidos y protegidos.

En lugares extraños el cuerpo se sentiría más tenso y el espíritu más perturbado por otros espíritus no conocidos. Revisando este concepto sobre la importancia del hogar para soñar y recibir mensajes, los dos informantes llegaron a la conclusión que el viajar (una costumbre muy común entre los otava-

leños comerciantes) sería negativo para la recepción de sueños. Esta conclusión reafirma la creencia de que la mujer (comunmente más sedentaria que el hombre) está mejor preparada que éste para recibir el mensaje sobrenatural.

3. Tiempo. Referente al tiempo, como se lee en el párrafo entre comillas, las noches son consideradas el tiempo de los sueños. Aquellos tenidos durante el día son percibidos como "no claros", "apagados", no válidos para la interpretación. Cuatro de veinte informantes relacionaban la bondad de la medianoche con la creencia de que los elementos espirituales se contactan más poderosamente bajo la luz de las estrellas, y especialmente de la luna llena.

De los tres elementos mencionados: persona, lugar y tiempo, la mayoría de los informantes coincide en que la preparación, dedicación o "gracia" (poder sobrenatural) de la persona son los factores más importantes para la obtención de un mensaje correcto.

c. Efecto Económico.

Siguiendo mi tendencia económica en el análisis del tema, juzgo que durante su juventud la mujer otavaleña es altamente valuada como agente económico. La comunidad da por sentado que la mujer contribuirá con su trabajo al sostenimiento del hogar, y es por eso que los padres de jóvenes casaderas re-

ciben regalos de sus futuros consuegros durante los arreglos matrimoniales. Esta costumbre puede ser interpretada como una forma de compensación por parte de la familia del novio; un reconocimiento que contempla la pérdida económica que sufrirá la familia de la novia al no contar con su trabajo después de la boda. Más tarde, cuando se casa, y especialmente al ser madre, la mujer sube en su status social. Esta elevación se manifiesta en el trato más formal de sus amigas o familiares, pero no se traslada al terreno del poder o la autoridad. Por último, en la vejez, el status de la mujer parecería tender a decaer al mismo tiempo que decae su contribución económica al hogar. A través de la presente investigación me atrevo a proponer que el status de las mujeres mayores tiende a mantenerse cuando las mismas se dedican a la interpretación de los sueños.

A través de 100 horas de entrevistas y seis meses de participación observación, encontré patrones de conducta que mostraban una relación estrecha entre el respeto y beneficios que recibe la mujer otavaleña, y su dedicación a la interpretación de sueños.

Las informantes de Quinchuquí eran conscientes de que la interpretación de sueños trae a las mujeres ciertas ventajas sociales. Por ejemplo, tres informantes comentaron con orgullo acerca de casos exitosos de interpretación que dieron fama a algunas de las

mujeres del pueblo. Además la mayoría de las informantes eran conscientes de la influencia que con su práctica podían ejercitar sobre los hombres en decisiones, tanto menores como importantes.

Otras de las revelaciones en estas entrevistas fue notar la percepción de las mujeres sobre su contribución económica al sostenimiento del hogar. Por ejemplo, ellas usan la primera persona singular cuando dicen "no sé si tendré buenas ventas este sábado", "ya voy a terminar la casa" o "si yo no hago... no hay quien haga". Asumo que este auto-reconocimiento de la importancia de su trabajo puede ser la compensación emocional que la mujer adulta recibe por su labor; especialmente debido a que este reconocimiento es también, en cierta medida, compartido por hombres. Digo "en cierta medida" porque diez de doce hombres entrevistados tendieron a considerar que la mejoría económica de la familia era debido en parte al "cuidado que la esposa pone en la casa". Pero ninguno reconoció la totalidad del aporte económico de las mujeres como comerciantes, trabajadoras textiles o agrícolas, el máximo reconocimiento enfocaba el trabajo de la mujer en el hogar y su frugalidad en los gastos.

El reconocimiento del trabajo femenino no se manifiesta tan claro en la vejez, ni de parte de los hombres, ni de

las propias mujeres. En la vejez, muy a menudo, las mujeres son reemplazadas en sus quehaceres por hijas o nueras. Es así que el prestigio del trabajo, posible de obtener en la cultura otavaleña, comienza a decaer para las mujeres de edad. En esa época, parecería notarse en mujeres mayores una mayor dedicación al conocimiento de hierbas medicinales y a la interpretación de sueños. Cuando la práctica de curación e interpretación se hace frecuente, estas mujeres suelen ser consultadas no sólo por familiares sino por otros miembros de la comunidad y parcialidades cercanas, si sus aciertos le han dado fama. Sus servicios se agradecen con regalos, generalmente en dinero, comida o bebida.

d. Energía empleada / Retribución recibida

He notado que la cantidad de tiempo dedicada a la interpretación varía según el intérprete, y que existe una relación entre el tiempo dedicado y la retribución obtenida.

Juana comentó que "Cuando uno necesita saber algo muy importante, entonces vamos a ver a un hombre lisiado que sabe". Para temas menos importantes "A veces consultamos a la viejita que vive en la subida de Peguche". Y para cosas cotidianas "Claro que para saber de los sueños uno puede hablar con cualquier mujer que sepa; pero si es algo muy, muy importante, se va a

una de esas personas que se ayudan con las espermas".

En este párrafo Juana da información que necesita aclaración adicional. Por ejemplo, qué es lo que determina la importancia del sueño. Según su explicación y la de otras dos informantes, lo que determina la importancia es un sentimiento. "Uno lo tiene clarito (al sueño) y le vuelve en la cabeza, así es como se sabe que es importante". Ejemplos de sueños importantes fueron tres en que las informantes habían soñado con familiares muertos. Uno de ellos tuvo efecto económico porque determinó la negación de unas tierras que la tía había prometido escriturar a nombre de la sobrina. Ejemplos de sueños de menor importancia fueron difíciles de recordar; una informante mencionó el de un río pequeño y cristalino con semillas de maíz, que fue interpretado como "dinero que viene"; otra vez el ejemplo obtenido tenía connotaciones económicas. Para sueños cotidianos no pude obtener ningún ejemplo; "son esos que no se toma en cuenta". Sin embargo, para los temas "muy, muy importantes" se me explicó que, si uno no sueña naturalmente se le pide a un especialista que sueñe por uno. Estos son, a menudo, sueños en los que se pide consejo sobre decisiones a tomar. Ejemplos de estas situaciones son casos de enfermedad, casamientos o negocios entre los más comunmente mencionados.

d. Energía empleada /Retribución recibida

Asimismo, en el párrafo en comillas, Juana menciona tres categorías de intérpretes, coincidiendo en esto con el resto de los informantes. Estas categorías son:

1. "Lisiadito"; este hombre era un especialista que trabajaba durante todo el día dedicado a curaciones con hierbas, masajes, soplando con tabaco y alcohol, y haciendo limpieza de malos espíritus con palabras y huevos. También se lo conocía por sus éxitos en predicciones, telekinesis y por la interpretación de sueños. Murió en 1983.

2. "La viejita", una señora de aproximadamente 70 años, vivía sola, la que conocí en 1983. En esos años dedicaba más del 50o/o de su tiempo a la cura con hierbas, palabras y huevos, y a la interpretación de sueños. En 1986 supe que no vivía más en Quinchuquí pues la habían llevado a vivir con su hija a otro pueblo.

3. "Mujeres que saben"; usualmente abuelas o tías que tienen mayor experiencia como intérpretes, y a las que se les suele consultar entre los miembros de la familia. Siguen existiendo en la comunidad, y casi toda familia cuenta con una de estas personas entre sus miembros. El lisiado trabajaba un promedio de cinco horas diarias y ganaba su sustento

y el de un ayudante con este trabajo. El cobro por servicios dependía en parte de las posibilidades económicas, y en parte de la relación que lo unía al consultante.

Las viejitas, según los resultados de mi encuesta, podrían dividirse en tres categorías, de acuerdo a sus ingresos como intérpretes:

1. Dos viudas que vivían solas: éstas ganaban lo necesario como para sobrevivir trabajando como intérpretes, o como curanderas del mal viento, del espanto y de la mala suerte un promedio de seis horas diarias.

2. Una viuda que vivía con su hijo casado de un hogar de ocho personas: esta señora contribuía aproximadamente en un 100/o a la comida del hogar, con regalos recibidos por sus servicios. Su tiempo de trabajo como intérprete y curandera era un promedio de dos horas diarias.

e. Efecto social

Para tratar el efecto social de la interpretación de sueños esta sección será dividida en 3 puntos: 1) solidaridad femenina; 2) ayuda emocional; y 3) toma de decisiones.

1. Solidaridad femenina

“Una sabe que algunos sueños son

especiales, y no es para estar contándose a todo el mundo, y mucho menos a los hombres. A alguna amiga sí, o a una hermana; alguien de mucha confianza” (Juanita, 16 años).

Todas las informantes coincidieron en que algunos de los elementos de los sueños, tanto los símbolos como el contexto, eran tabú. Por ejemplo, “lagartijas viejas y grandes”, ya sea percibidas como símbolos o como detalle, representan una conducta sexual reprobable (como podría ser incesto o infidelidad conyugal) en la casa de la persona que soñó. Tres de seis informantes coinciden en que, muchas veces, estos sueños no predicen necesariamente una conducta sexual reprobable. La otra interpretación es que existen deseos de que eso ocurra en la mente de algún enemigo, quien está haciendo brujería para lograrlo. Es por eso que a estos sueños se los mantiene en secreto, o sólo se los comenta con personas de suma confianza para evitar crear rumores o mala reputación sobre los miembros de la casa del que lo soñó.

Otro punto de coincidencia entre las informantes, fue el guardar secreto sobre sueños que amenazaran develar temas privados. Entre los temas privados consideraron noviazgos, peleas familiares y asuntos de negocios.

Considero que, de alguna manera,

estos sueños consolidan la solidaridad femenina, ya que una forma de mostrar amistad entre mujeres es elegir a alguien como confidente de los mismos. Además, algunos comentarios en la interacción de las mujeres me llevó a considerar que este tipo de confidencias podría servir también para distender tensiones en una cultura con reglas de conducta considerablemente represivas en materia de comunicación verbal.

2. Ayuda emocional.

Usualmente la depresión o “aburrimiento” es atribuida a malos sueños. Este malestar trata de ser curado con ritos a través de la “curación” de los malos espíritus o, si no es demasiado grave, con oraciones que el curandero aconseja a la persona que soñó. Otra forma de aliviar el malestar atribuido a sueños tristes, es comentándolos y buscando interpretarlos en familia. Desafortunadamente, no he podido entender conversaciones de este tipo pues son mantenidas en quichua, lengua que no entiendo. Sin embargo, posiblemente esta limitación de la lengua acrecentó mi observación del ambiente. Recuerdo que la familia de mi principal informante comentó en dos oportunidades que estaban tratando de ver por qué una de las jóvenes de la casa se sentía deprimida debido a sueños y ruidos extraños que había escuchado durante las últimas noches. En esos días noté que durante las conversaciones en las que se comenta-

ba la depresión de la joven, el ambiente era más comunicativo y que todos los miembros de la familia intervenían por igual. Observando la interacción de esos momentos, me sorprendió ver que las mujeres participaban en la conversación tan o más activamente que los hombres. En el mundo de los sueños el papel de la mujer cambiaba; su conducta basada en el silencio desaparecía, y eran ellas las que hablaban con más frecuencia, mientras los hombres escuchaban. Se las veía seguras y creo que en esos momentos la mujer se liberaba y olvidaba la discriminación que padecía en otros terrenos. Hablando de los sueños, visiblemente era tenida en cuenta, y hasta gozaba de una posición quizá superior dentro del grupo.

En otras oportunidades noté que gracias a conversaciones sobre sueños las mujeres hablaban con más libertad de temas que de otra forma resultarían escabrosos. Por ejemplo, con motivo de las fiestas del Yamor (o Fiesta de la Chicha), un grupo de mujeres cumplía su cuota de trabajo comunitario (minga) desgranando maíz para la preparación de la bebida. Yo aproveché la oportunidad de tener un grupo de mujeres de distintas familias y status social para tratar el tema de los sueños tabú. Durante más de media hora las mujeres trabajaron en silencio, pero el ambiente se distendió un tanto cuando llegó una vecina mayor, que saludó sonriendo. Aprovechando la personalidad de esa mujer

que parecía más conversadora que las otras, me animé a preguntar qué símbolo aparte de la lagartija era considerado pecaminoso. Entre la recién llegada y otra de las señoras mayores me explicaron que la víbora también podía tener connotaciones sexuales en los sueños; sin embargo, cuando estos dos animales eran viejos, dejaban de tener connotación sexual y simplemente anunciaban "buena suerte". Una de las jóvenes se animó a intervenir y dijo que en su familia la serpiente era considerada "siempre" un símbolo de suerte, sin tener en cuenta la edad del animal. Pero aclaró que, para poder mantener la suerte, era necesario mantener el sueño en secreto. "Cada vez que se dice de la serpiente del sueño, la suerte pierde poder". Quise indagar sobre este nuevo concepto: sueños que no podían ser comentados, ni siquiera para su interpretación. Sin embargo, a poco de comenzar a preguntar noté algo más fuerte que llamó mi atención: el tranquilo ambiente del grupo había cambiado. Otras tres jóvenes comenzaron a hablar entre ellas en voz baja, y una se rió nerviosamente y abandonó el cuarto. La primer mujer mayor que me había informado se rió abiertamente mientras la joven se retiraba. Le pregunté a la dueña de casa qué estaba pasando, y me explicó que se reían de la ingenuidad de la joven. En realidad, todas las mujeres consideraban que la interpretación de la joven sobre la serpiente era errada, y se extrañaban que la familia no le hu-

biera explicado que cuando se decía que significaba suerte, se lo hacía con un doble sentido; significaba suerte para encontrar un buen marido o compañero sexual, y la serpiente (y esto se me explicó con analogías) significaba el pene.

En mi interacción con las mujeres, nunca escuché conversaciones sobre tema sexuales. En las entrevistas, si alguna vez consulté algo acerca de sexualidad en una forma directa, las mujeres trataban de evitar el tema o contestaban que no sabían del mismo. Pero las mujeres con las cuales me relacioné más amigablemente, durante mi estadía en 1986, se mostraron menos innibidas para tratar sobre el tema si éste aparecía en sueños. En otras palabras, parecía que ellas sentían que estábamos hablando sobre sueños, no sobre sexo. Por ejemplo, las veces que consulté si existían relaciones prematrimoniales entre los otavaleños, se me contestó "no sé" o una sonrisa. Lo mismo me ocurrió con preguntas relacionadas con nacimientos, relaciones de noviazgo, etc. Sin embargo, seguramente por considerar que el sueño es algo que viene de afuera y sobre el que uno no tiene control, me fue más fácil tratar sobre esos temas si aparecían en sueños. Por ejemplo, cuando le pregunté a una mujer joven si uno se olvidaba de los sueños después de interpretarlos, ella me contestó que dependía del sueño algunos "quedaban en la memoria". Me contó que hacía tiempo ella había soñado que

iba montada en un caballo, y me explicó que el caballo, cuando aparece en el sueño de una mujer, significa que un hombre tiene intención de violarla. La joven me confesó que era un sueño tan vívido que no había podido olvidarlo. Pero, me aclaró, ese sueño lo había tenido antes de casarse, y no lo había comentado a nadie, ni a su familia, porque podrían haber pensado que la relación con su novio no era la correcta. De la información obtenida con ese relato puede deducir que en las comunidades otavaleñas podían existir no sólo relaciones prematrimoniales, sino crímenes como el de violación, dato que no había aparecido cuando investigué las relaciones sociales y conflictos existentes en el pueblo. Puede que lo más importante sea que mi informante terminó su relato diciendo "a veces es bueno decirlo porque uno se alivia, se desahoga". De ésta y otras entrevistas deduzco que comentar sobre los sueños sirve de ayuda emocional tanto a los hombres como a las mujeres. Aunque creo que la ayuda es especialmente beneficiosa para las mujeres, a quienes supongo víctimas de mayores tensiones, originadas por una conducta represiva.

3. Toma de decisiones

"Sí, él (mi hermano) (fue el que) quiso que la hija se case pero me esperó... antes de arreglar (el casamiento). Fue fregado con Lucita, pero al final yo le dije que estaba bien" (María, 50

años).

He notado que, en muchas circunstancias, y a pesar de que se espera que el hombre diga la última palabra, las mujeres intervienen en los momentos de decidir, y sus opiniones juegan un papel importante en la resolución final. Por ejemplo, en 1983 Lucita me relató las peripecias de su casamiento. Tenía 15 años cuando su padre la prometió para casarse; ella no deseaba hacerlo. A pesar de que el casamiento estaba acordado, (aceptados los regalos de la familia del novio), la resistencia de Lucita era tan fuerte que la tía (hermana mayor del padre) decidió consultar sobre el candidato elegido para su sobrina. Consultó a dos personas: al lisiado de un pueblo cercano y a una vecina "viejita". Los dos, a través de velas "vieron" que el candidato era correcto. Sin embargo, Lucita se escapó de la casa para evitar el casamiento, yéndose a vivir con su prima a un pueblo cercano. A la semana siguiente Lucita regresó. Su prima (a quien Lucita quería y respetaba) la convenció de que el casamiento acordado por los padres era lo que más le convenía, ya que la noche anterior se lo había anunciado un sueño. Ese sueño confirmaba la predicción obtenida por María con la lectura de la vela. En este caso, cuando Lucita regresó, el padre estaba por deshacer el arreglo matrimonial al no querer pedir disculpas a la familia del novio. Sin embargo, como aclara el párrafo entre comillas, el padre

de Lucita oyó el consejo de su hermana María y ordenó reanudar los preparativos de la boda.

CONCLUSION

Resumiendo, creo que la cultura otavaleña ha provisto a sus miembros con la posibilidad de manejar parte de sus conflictos socio-económicos a través de la interpretación de los sueños. He intentado mostrar aspectos de este tema, por considerarlo tan importante para los otavaleños como para aquellos

que deseemos conocer de adentro su cultura. No desearía concluir, sin embargo, dejando la impresión de que a través del papel de intérprete, la mujer otavaleña ha ganado una posición de poder dentro de su sociedad. Tampoco querría dejar entrever que entre los otavaleños hay ausencia total de conflicto entre los sexos. Lo que observé y traté de presentar es la idea de que, a través de la interpretación de los sueños, el desbalance y los conflictos sociales pueden ser mejor manejados por los otavaleños.

NOTAS:

1.- La autora agradece a la profesora Carole Brouner por su asistencia en el análisis de los datos etnográficos.

2.- Trabajo presentado para la clase "Writing for Anthropology" en la Universidad de California, Los Angeles.